

# Premio

GÉNERO: Cuento  
AUTOR: María Teresa Rubio

## IRENE

Como de costumbre, Irene, con los primeros claros del día y al canto de los pájaros, se despierta. Reza sus oraciones estando aún en la cama, espacio que, desde hace varios meses le resulta inmenso por la ausencia del esposo. Las sábanas, tibias por la temperatura de la habitación, se le adhieren a la piel, a pesar de que las aletas del pequeño “Órbita” giran desde la madrugada después de terminado el apagón.

—¡Qué día por delante!— dice a su propio rostro ante el espejo de la cómoda. Diez, quince, veinte, sólo veinticinco pesos para terminar junio. ¡Si al menos tuviera tan pocos años como billetes!, suspira. Se sigue mirando: se detiene en las líneas alrededor de los ojos, en las comisuras de los labios... Se alisa el pelo entrecano con los dedos. Mientras, escucha toser a su madre en el dormitorio contiguo.

Ahora, se observa de manera más acuciosa y continúa hablando con la imagen: —Oye, ya sé por qué llaman niñas de los ojos a las pupilas; puedo ver una ahí, en el fondo de los míos, que mucho se parece a la que correteaba con las primas en los atardeceres del verano y hacía travesuras en el colegio—. Se ajusta un poco la falda bajo el delantal, hace un guiño, y llena de la confianza que la ayuda a capear todas las tempestades en su existencia, intuye que, de alguna forma, el día se le va a arreglar.

Termina las labores matutinas: atender a la madre, la higiene del hogar, preparar los frugales alimentos... sólo luego, con el sol ya muy alto se asoma al exterior de la vivienda. Es muy lindo su patio llenito de macetas (verbena, azucenas, violetas; tilo, caña santa, hierbabuena) que son el encanto de la madre. Recostada a la jamba de la puerta contempla el árbol (único, exuberante, frondoso) que señorea en sus predios. Las altas ramas, por encima de las tapias, sombrean los patios colindantes y como cada verano están cuajadas de apetitosos frutos.

—¡Estos sí son mangos!— exclaman quienes los prueban, no pudiendo evitar que les brillen los ojos y se les dilaten las fosas nasales ante su perfume y color.

Detalla su árbol pensativa, recordando a su abuela que, campesina al fin, solía pronosticar:

“Año de mangos, año de hambre.”

Entonces empieza a tararear el refrán, con una musiquita contagiosa que le pone y rimando:

“Año de mangos,  
año de hambre”...

más si no me arredro

ni finjo calambres

—abeja hacendosa

dentro del enjambre—

¡vendo algunos mangos

y compro fiambres!

No lo piensa dos veces: coge la bicicleta con ademán decidido, le amarra un cajón sobre la parrilla trasera y, dentro de aquel y de una canastita que pende del manubrio, va poniendo mangos con delicadeza.

El hombre anda cabizbajo, arrastrando los pies a la par que tira de un pequeño carrito que con cuatro ruedas viejas se preparó. Realmente va deprimido al caminar hacia la terminal, para ponerse a cargar los bultos de los viajeros, que van bajando de los trenes. Pero, ¡ya está jubilado y, necesita tanto unos pesos de más! Levanta la cabeza con desgano, como a media cuadra puede distinguir a la mujer que, con una gorra de pelotero encasquetada hasta las orejas para resguardarse del sol, se acerca en la bicicleta. Y... los mangos se le meten por los ojos.

Le hace señas pidiendo dos. Sin reparar en lo que habla le manifiesta en tono bajo: —Por favor que estén buenos, este va a ser mi almuerzo—. La cara se le pone roja, le arde por la vergüenza: tirando de un carro, cargando paquetes y arriba que esa desconocida sepa que va a almorzar ¡mango!

Irene lo mira, le sonríe ampliamente. No puede evitarlo, le ha hecho tanta gracia verlo ruborizarse así. Ella pensaba que ya nadie se ponía colorado. Al punto busca, escoge con cuidado dos frutos perfectos y con cariño se los da.

—Obsequio de la casa—, bromea. Como son para almorzar.

—¡Ay, madre mía, qué papelazo!— Él siente de pronto, como si se encogiera todo su cuerpo y tartamudea al decir:

—Aquí donde usted me ve, yo soy contador público, bachiller de los hermanos maristas.

A Irene la conmueve algo que siente dentro del pecho –cierta lástima mezclada con ternura– por el hombre que tiene frente a sí. Pero a la vez, experimenta el gozo de estar convencida de que ningún trabajo honesto puede deshonrarla, no se amilana fácilmente, y de que Alguien desde lo alto, vela por ella que sólo es una niña ante el espejo.

Le busca con la mirada, le regala otra sonrisa, esta vez espléndida como el sol de nuestro verano que a esa hora –las tres de la tarde– quema la piel y le responde:

–Aquí donde usted me ve, yo soy profesora de inglés, bachiller de las dominicas americanas.

Los dos se echan a reír. Él le tiende la mano. Erguida la cabeza, sacando el pecho con ademán marcial, y en perfecto inglés le dice:

–Nice to meet you, teacher.\*

Ella le contesta:

–Nice to meet you too.\*\*

Y lo ve alejarse. Con una prisa alegre, caminando ágilmente, pues sólo faltan quince minutos para la llegada del próximo tren (si milagrosamente llegara a tiempo)... Sube a la bicicleta, toma calle abajo, y pedaleando con bríos comienza a pregonar:

–Vaya, aaaquí, su buen mango.     Ω

\*Encantado de conocerla, maestra.

\*\* Encantada de conocerlo también.